

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, ABRIL 1º DE 1872.

{ NUM. 14.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LAS VIRUELAS.

(Concluye.)

En esto M. de Bonneval, despues de algunas horas de sueño, salta inquieto é impaciente fuera de su cama, y vá volando al cuarto de su hija para ver por sí mismo su estado. Al entrar, halla á Zoe que está desempeñando al lado de la enferma el ministerio de la asistencia, y que haciéndole señas para que entre con tiento, le anuncia que Evelina respira con menos fatiga, que empieza á medio abrir los ojos, y que no están sus manos tan frias. Lleno de gozo y de asombro M. de Bonneval, se arrima desde luego á la enferma, concibe la consoladora esperanza de conservar á su hija, y llevando la vista al reloj de sobremesa que señalaba cerca de las seis, preguntó á Zoe á qué hora habia entrado en el cuarto de la enferma..... «A las doce y media de la noche, le respondió ella. No podia venir antes por no despertar á mi padre.»—Es decir, repuso M. de Bonneval, que vd. ha pasado toda la noche al lado de mi hija.—¡Ah! la acerté seguramente, porque hallé dor-

mida á la enfermera, á pesar de lo que el médico habia recomendado tanto.....—Le debo á vd. la conservacion de mi Evelina, repuso M. de Bonneval en voz mas recia y estrechando en sus brazos á Zoe; sí, á la generosa prevision y afectuosa solicitud de vd. será deudora de la vida mi amada Evelina, como yo tambien de la dicha de ser padre aún.»

Cuando estaba hablando así, M. Bertrand, que habia recelado que su hija vendria á visitar por la noche á la enferma, entró al cuarto, y participando de la conmocion de su amigo, estrechó sucesivamente en sus brazos á Zoe, y le dió mil parabienes por la obra suya..... «No, no saben vdes. cuánto le debo, dijo con desmayada voz Evelina, á quien este tierro lance habia restituido algunas fuerzas. He estado siguiendo sus diligencias, penas, fatigas, y su cariñoso desasosiego con mas particularidad; no, jamas se vió una amiga tan verdadera, ni tan tierna.....» La enfermera, que se habia despertado durante esta conversacion, se deshizo en escusas, y confesó igualmente que la enferma debia la conservacion de la vida á su amiguita. Finalmente, entró el médico, y desde la primera ojeada que echó sobre Evelina, aseguró que estaba fuera de peligro, y que ni aun quedaria en su lindo rostro vestigio ninguno del terrible mal que habia amenazado sus dias. «Ahí

ve vd. á mi libertadora, repuso Evelina con voz algo mas fuerte: vivir y no quedar desfigurada, ¡oh querida Zoe mia! te lo debo esto.» De nuevo iba Zoe á coger una mano de su amiguita, y apretarla con las suyas; pero se lo impidió el médico, y anunciándole que la enfermedad iba á llegar á la época en que su ponzoña se exhala y comunica fácilmente, le recomendó que no se arrimase á la cama de Evelina hasta que repusiese del todo su salud.

Pero se habia obrado ya la inoculacion, y Zoe hubo de pagar su tributo á la amistad. Desde aquella tarde misma un frio insoportable, y una general incomodidad en todo el cuerpo, ordinarios precursores de esta mortal enfermedad, se apoderaron de todas sus potencias; de allí á dos dias se manifestaron las viruelas; y esta generosa amiga se vió bien pronto en el mismo estado á que Evelina habia llegado. El médico la asistió con puntualidad; M. Bertrand, que se recelaba que la enfermera se durmiese como habia sucedido á la de Evelina, cuidaba noche y dia de su hija; y M. de Bonneval, que habia tenido gran cuidado de ocultar este suceso á su hija, venia á pasar al lado de Zoe todo el tiempo que la convalecencia de aquella le permitia. Tanta asistencia y consuelos, prestados con oportunidad, pusieron bien pronto fuera de peligro á la nueva enferma; pero no

podieron preservarla contra muchas señales de este azote devastador. Zoe, lejos de quedar afeada, conservó por toda su vida ligeras señales que solo servían para hacer más agraciado su rostro, y hacer memoria de la más generosa amiga, y pecho más tierno.

A poco tiempo después volvió Mirza de la aldea, y no temiendo ya esponerse á la enfermedad que temía tanto, discurrió que podía renovar su antigua intimidad con Evelina. Complacíase en su interior de que podría ejercer todavía el mismo predominio sobre el ánimo de su amiga, y salir vencedora de la sencilla y oscura Zoe; pero se hallaba deshecho ya el encanto. Se habían desvanecido no solamente las ilusiones de la opulencia, esplendor de las grandezas, y gusto de lucirlo, sino también hasta la amistad misma. A los agasajos y diligencia de Mirza no correspondió Evelina más que con frios y comedidos cumplimientos. Bien presto se entibió su antigua estrechez: la petimetra Mirza se abandonó al torbellino del continuo trato de gentes; y su padre dejó la vivienda de la casa de M. de Bonneval, para ir á vivir en una casa magnífica que él acababa de comprar. Con ello se vieron Evelina y Zoe desaharradas de una importuna tercera; volvieron entonces todos los días al hermoso jardín de M. de Bonneval; cuidaron juntas de las flores; hicieron comunes sus inclinaciones, habilidades y gustos; y experimentaron con dulzura, que una amistad fundada en la gratitud y delicados miramientos, se acaba solo con la muerte.

LA LOCOMOTORA Y EL TREN.

(FABULA.)

De la gran capital de las Españas
Veloz Locomotora audaz partía,
Al silbo horrendo en que gemir la hacia
El volcánico hervor de sus entrañas.
Envuelta en torbellinos de humo denso,
Arrastraba en su pól un Tren inmenso
Con ligereza tal (y era un ensayo),
Cual si invisibles Génius la empujasen,
O si juntos sus alas le prestasen
A un mismo tiempo el huracán y el rayo.
La gente, contemplando en su embeleso
Máquina y Tren volar, «esa, decía,
Esa es la Libertad, ese el Progreso!»
En esto el Tren de su ferrada vía
Se sale al remontar no sé qué loma,
Y allí descarrilado,
Por la estraviada Máquina arrastrado,
De una colina la pendiente toma;
Y sin poderse detener en ella
Ni alcanzar á torcer sus hados fieros,
Con Máquina y Viajeros
En hondo precipicio al fin se estrella.
Un Padre que esto vió, vuelto á su hijo,
«¿Has visto esa catástrofe?» le dijo:

*Bella es la Libertad, santo el Progreso,
Mas teniendo en la Ley base tranquila:
¡Ay de la triste Humanidad sin eso!
¡Ay del Tren, si una vez se descarrila!»*

UNA NOCHE DE ESTIO.

¡Mirad qué bella! parece que entre sus negros crespones envuelve la inspiración del poeta, las más bellas ilusiones, la paz del alma, los sueños de los niños.

La luna se levanta en el Oriente, se eleva poco á poco, y en cada uno de sus rayos nos manda algo dulce, algo consolador que la pluma no acierta á describir. Millares de estrellas forman su séquito. ¡Contempladlas! qué hermosas! los brillantes más ricos no prestarían al cielo tanto hechizo; nada más hermoso fuera capaz de crear la imaginación más rica. Pero,..... qué, ¿nada os dice ese esplendor? ¿nada más contempláis tanta hermosura con los ojos del cuerpo? ¿no escucháis en vuestra alma el lenguaje misterioso de los astros? ¡Ah! creéis, mis

amados niños, que todo eso se ha hecho solo? ¿solos los astros se sostendrán girando en el espacio? No, me diréis; leyes admirables que todo el saber humano fuera incapaz de formar, gobiernan á esos astros, los hacen jirar, los sostienen en el espacio. Y..... esas leyes, ¿gustáis decirme quién las formó? ¿No comprendéis, vuelvo á decir, el idioma de los astros? ¿No oís cómo os dicen; «hay un Sér infinito que nos crió, que nos prestó la luz con que brillamos, que nos lanzó al espacio, y que formó las leyes que nos rijen?» Sí, niños míos, vuestra débil inteligencia no puede comprender tanta grandeza; pero consoláos, que ni los sábios más ilustres han podido comprenderla. Compadeced á esos pobres ilusos que creen saberlo todo, reid de su pobre ciencia que les hace creer que su alma y la del bruto son iguales, que no tienen ningún destino ulterior; ¡pobres gentes! ¡nada hay para ellas más allá de los astros! pero para las almas sensatas y que aman lo bello, hay mil risueñas esperanzas, hay una dulce eternidad y un Sér digno de su amor!

¡Cuánta hermosura! no parece sino que Dios al formar las estrellas, las arrojó al espacio diciéndolas: «rodad, rodad sin descanso, recordad á los hombres que existo, publiquen vuestro brillo mi nombre y mi alabanza.»

Esto es muy hermoso, mis queridos niños; si fuera preciso escoger la hora de mi muerte, os digo que escogería las altas horas de una noche de estío. Tenemos que morir. Ahora que sois niños, os parecerá que eso es fuera de propósito; pero ello es necesario. Tal vez voléis al cielo siendo niños todavía, y en una noche como esta. Si vuestra alma se transforma en un lucero, mirad bien al espacio, acaso le cruzará una nubecilla, acaso dentro de ella se halle un alma, acaso..... acaso sea la mía.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO III.

Del aseo en nuestros vestidos.

I

Nuestros vestidos pueden ser más ó menos lujosos, estar más ó menos ajustados á las modas reinantes, y aun aparecer con mayor ó menor grado de pulcritud, según que nuestras rentas ó el producto de nuestra industria nos permite emplear en ellos mayor ó menor cantidad de dinero; pero jamás nos será lícito omitir ninguno de los gastos y cuidados que sean indispensables para impedir el desaseo, no solo en la ropa que usamos en sociedad, sino en la que llevamos dentro de la propia casa.

II

La limpieza en los vestidos no es la única condición que nos impone el aseo: es necesario que cuidemos además de no llevarlos rotos ni ajados. El vestido ajado puede usarse dentro de la casa, cuando se conserva limpio y no estamos de recibo; más el vestido roto no es admisible ni aun en medio de las personas con quienes vivimos.

III

La mayor ó menor traspiración á que naturalmente estemos sujetos, y aquella que nos produzcan nuestros ejercicios físicos, el clima en que vivamos, y otras circunstancias que nos sean personales, nos servirán de guía para el cambio ordinario de nuestros vestidos; pero puede establecerse por regla general, que en ningún caso nos está permitido hacer este cambio menos de dos veces en la semana.

IV

Puede suceder que nuestros medios no nos permitan cambiar con frecuencia la totalidad de nuestros

vestidos: en este caso, no omitamos sacrificio alguno por mudar al menos la ropa interior. Si alguna vez fuera dable ver con indulgencia la falta de limpieza en los vestidos, sería únicamente respecto de una persona cuya ropa interior estuviese en perfecto aseo.

V

Hay algunas personas que ponen grande esmero en la limpieza de aquellos vestidos que se lavan, y al mismo tiempo se presentan en sociedad con la casaca ó el sombrero verdaderamente asquerosos. La falta de aseo en una pieza cualquiera del vestido, deslucen todo su conjunto; y no por llevar algo limpio sobre el cuerpo, evitamos la mala impresión que necesariamente ha de causar lo que llevamos desaseado.

VI

Asimismo descuidan algunos la limpieza del calzado, á pesar de depender de una operación tan poco costosa y de tan cortos momentos; y es necesario que pensemos que esta parte del vestido contribuye también á decidir del lucimiento de la persona. La gente de sociedad lleva siempre el calzado limpio y con lustre, y lo desecha desde el momento en que el uso lo deteriora hasta el punto de producir mala vista, ó de obrar contra el perfecto y constante aseo en que deben conservarse los pies.

VII

Las personas que acostumbran sorber rapé, así como aquellas que por enfermedad se ven obligadas á sonarse con frecuencia, no deben conservar por mucho tiempo un mismo pañuelo. En los climas cálidos, el pañuelo destinado á enjugar el sudor debe también variarse á menudo.

VIII

Los sorbedores de rapé deben tener gran cuidado en que las partículas que de este se esparcen, no caigan sobre sus vestidos. Causa malísima impresión una camisa que lleva en la parte del pecho las señales de este vicio, el cual apenas puede conciliarse con el aseo, por medio de especiales y constantes precauciones.

IX

Cuando por enfermedad ó otro cualquier impedimento no hayamos podido limpiarnos la cabeza, cuidemos de que no aparezca sobre nuestros hombros la caspa que de ella suele desprenderse.

X

Hay personas que limpian el escarbadietes en sus propios vestidos: esta es una costumbre ridícula é impropia de la gente fina. Cuando sea necesario limpiar el escarbadietes, lo haremos con una toalla que tendremos siempre en nuestro aposento destinada á este y otros objetos análogos.

XI

No es reprochable la costumbre de llevar los vestidos, y sobre todo los pañuelos, lijamente impregnados de aguas olorosas; más adviértase que el exceso en este punto es nocivo á la salud, y al mismo tiempo repugnante para las personas con quienes estamos en contacto, especialmente cuando empleamos esencias ó preparaciones almizcladas.

LA ROSA AMARILLA.

(FABULA.)

Amarilla volvióse

La Rosa blanca,

Por envidia que tuvo

De la encarnada.

Teman las niñas

Convertirse de blancas

En amarillas.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA,
Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XIII

Ya era justo que nuestros intrépidos viajeros descansasen; y así lo hicieron en efecto, sentándose bajo un árbol de hoja menuda, y de cuyas ramas pendían primorosos racimos de una frutilla como cuentas de rosario color de rosa.— «¿Qué árbol será este?» preguntó Elena.— «Este debe de ser un cocotero,» contestó Fernando.— «Yo creo que no, replicó Ele-

na, porque el cocotero dá cocos, y los cocos son mas grandes que esas bolitas.»— «Pues entonces, dijo Fernando, es una especie nueva; y como nosotros la hemos descubierto, nos toca ponerle nombre. Le llamaremos ¡árbol Eleniano!» Y Elena, poniéndose mas colorada que las frutillas de su árbol, aceptó la honra de ser madrina de una especie desconocida.



XIV

A poco andar encontraron unas flores muy lindas, especies nuevas seguramente, porque nuestros

descubridores no las habian visto nunca.— «Les pondremos el nombre de mamá,» dijo Elena.— «Ya

se ve que sí, contestó Fernando; pero entonces hay que llevarnos algunas para que las vea, y para que las conozcan los sábios. Pongámoslas en nuestros sombreros, que así no nos estorbarán.» Muy bien le pareció á Elena la ocurrencia de Fernando; ¿y cómo no, si Fernando ha tenido siempre mucho talento?

LA PRESUNCION.

(FABULA.)

Un erguido pensamiento
Esclamó:—«Llevo en mi nombre
Todo el orgullo del hombre
Pues simbolizo el talento.

No le envidio su frescura
A la camelia donosa,
Ni tengo envidia á la rosa
Que es reina de la hermosura.

¿De qué le sirve al jazmin
Su aroma que desvanece
Si á mi lado palidece?
¡Yo soy el rey del jardin!»

Su hinchado razonamiento
Un tulipan grave oyó,
Y con tonó sério habló
De este modo al pensamiento:

—«Solo el talento, no brilla;
Si quieres ser apreciado,
Debes estar enlazado
Con la violeta sencilla.»

—«¡Me basto solo!»—«Tu intento
Nunca logrado has de ver;
Siempre hermanos han de ser
La modestia y el talento.»

*Guarda el propio galardón
Para que el mundo te alabe,
Que vale poco el que sabe
Cuando tiene presuncion.*

AMOR DE MADRE.

(FABULA.)

En el corral de una quinta
Cerca de Guadalajara,
Hay una perra de presa
Que el sueño á sus amos guarda;
Y mientras vela afanosa
Fiel al instinto de casta,
Acaricia con ternura
A dos cachorros que ladran
Pidiendo un hueso siquiera
Que entretenga su carpanta.

La madre triste, solicita
Con halagos los acalla:
Los lame, los besa, quiere
En el amor que la abrasa,
Darles su sangre y que sirva
De alimento á sus entrañas.
Y cuando llega el momento
En que el amo injusto paga
Su fidelidad sin límites
Con una racion escasa,
El hambre de sus hijuelos
Con el trozo entero sacia
Y desfallece contenta,
Porque la carne no basta,
Sin acordarse que siente
La necesidad que mata.

Se oye ladrar un cachorro
En el patio de la casa
Que está del corral contiguo,
Y la queja es tan amarga,
Que la perra, al fin es madre,
Pega el hocico á las tablas
Y con tono lastimero
A una perdiguera llama,
—«Vecina, el cachorro llora:
¿Puedo saber lo que pasa?
—Es un hambro, dice aquella,
Que come y nunca se harta;
El amo es algo tacaño;
Me dá la racion tasada

Y él pretende hincarle el diente
Cuando para mí no alcanza.

—¿Es hijo vuestro, vecina?

—Vino pequeño á mi casa

Y le tomé tal cariño

Que de mí no se separa.

—¿Y le negais un bocado?

—Cuando sobra la pitanza

No se la niego, comadre;

Yo primero, esa es mi máxima.»

La perra de presa entonces

Muerde con furor las tablas,

Y vá á besar á sus hijos

Sin decir otra palabra.

Es su cólera elocuente,

Se revela en su alma

El dulce afecto de madre

Y lo fiero de su raza.

Niños, los que teneis madre

Que os besa y os amamanta,

Y os dá su sangre y su vida,

Aprended en esta fábula

Lo que es el amor de madre,

Y el amor de la madrastra.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

X

TECLA, Ó LA NIÑA GOLOSA.

¡Ved esta niña cómo está pálida! esto es lo que produce la golosina.

Tecla, ese es su nombre, es tan golosa, que nunca cesa de comer, aun cuando no tenga hambre; por lo que casi siempre se halla con indigestiones.

Todo lo que encuentra lo mete en su boca con gran peligro de envenenarse. Es preciso que su mamá saque la llave del armario para impedirle el tocar á las frutas, confituras y licores.

Un dia la golosa se llevó un bonito chasco: hallándose algo resfriada, su mamá compró una cajita de pastillas de hipecacuana para hacérselas tomar. Es cosa sabida, que no se toman mas que cinco ó seis por dia, y eso con grandes intervalos. El azúcar hacia que Teclita hallase el remedio excelente.

Su madre habia salido: ella abrió la cajita, y se apresuró á tragar una tras de otra siete ú ocho pastillas: otras hubiera comido, si el tiempo no le hubiese faltado; pero apenas hubo tragado la que tenia en la boea, cuando vomitó hasta arrojar sangre.

Al llegar su madre, la encontró en un estado que daba compasion. La desgraciada niña fué puesta en la cama: se le dió agua tibia por toda bebida, y dos dias despues se le hizo tomar una medicina amarga á no poder mas.

Se creerá tal vez que Tecla se corrigió con esa leccion; nada de eso.

Apenas restablecida, viendo en lo alto del armario un muy hermoso bizcocho de Saboya que debia servir para los postres, tomó una silla, puso un taburete y un maridillo encima, y despues, subiendo de palo en palo sobre este castillo bamboleante, llegó á cojer el bizcocho; pero el movimiento que hizo para conducirlo á la boca desarregló el maridillo, cayó de espaldas, y el plato de bizcocho le rompió tres ó cuatro dientes. Todos acudieron al ruido y la vieron en esa vergonzosa posicion: héte aquí que de nuevo fué forzada á guardar la cama, y á tomar tisana por espacio de un mes. Solo despues de este feo suceso fué cuando comenzó á corregirse.

PEDRO ENREDA

(FABULA.)

De aquel célebre Juan, por mote *Lanas*,
Hijo fué Pedro, por apodo *Enreda*,
Buscador impertérrito de nidos
En tiempo de la veda,

Verdugo de lagartos y de ranas,
Y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latin..... Miento: asistia
Quince dias al mes, y no seguidos,
A la clase del dómine García;
Pero eso de estudiar..... qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
A ciertas criaturas
El placer sin igual de hacer diabluras,
Que es trabajar en vano
Enseñarles latin ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
Un miércoles del aula,
Le fué Juan á esperar: llegó temprano,
Y estando enfermo por allí un vecino,
Pasóse Juan á verle de camino.
Perico Enreda en tanto
Se anticipó á salir.—A jugar, ea!
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
Mas que venga provisto de antiparras
Por la calle y me vea
Ese dómine abanto,
Grufidor y estafermo,
Yo sabré libertarme de sus garras.....
Dice: y agarra un canto,
Mira con precaucion á la redonda,
Ve una ventana abierta,
(Era la de la alcoba del enfermo),
Lanza por ella el proyectil con honda,
Y al inocente Juan á darle acierta
En lo alto de la calva descubierta,
Causándole del golpe tal herida,
Que por gracia de Dios quedó con vida.

*Malas inclinaciones de muchachos,
Que el rigor á su tiempo no endereza,
Darán el fruto de partir en cachos
Al indolente padre la cabeza.*

DE LA SOCIABILIDAD.

El hombre es un sér sociable; y uno de los castigos mas rigurosos, á mi parecer, que puede imponérsele, es el de privarle de todo trato con sus semejantes. He leído cosas hermosísimas sobre la sociedad y tengo presente una máxima muy repetida en la boca de los que tienen la vanidad de pasar por sábios, *que nunca están menos solos que cuando no están acompañados.* Con respecto á mí, conozco que la sociedad es el descanso mas agradable para el hombre ocupado; y estoy seguro que si se obligase á estos pensadores á vivir siempre solos, bien pronto el mas insoportable fastidio les haria variar de opinion clamando por lo que ostentan despreciar. Me han hablado de un personaje que estuvo durante siete años sin comunicacion en un calabozo de la Bastilla, en Paris. Era hombre de juicio y gran meditador; pero privado de todo trato humano, ¿qué utilidad podia sacar de la meditacion, cuando por otra parte le privaban de los medios de poner por escrito sus pensamientos? No hay carga mas pesada que la de no saber en qué emplear el tiempo. Ved aquí, pues, el partido que tuvo que adoptar este desgraciado preso: pasaba los dias sembrando de pedacitos de papel todo el suelo de su pequeño calabozo, recogíalos en seguida y formaba con ellos hileras y dibujos en los brazos de su sillón. Cuando salió del encierro decia muchas veces á sus amigos que si no hubiera imaginado este espediente para distraerse, infaliblemente habria perdido el juicio. Un filósofo (creo que Platon), acostumbraba decir que preferia convertirse en la criatura mas estúpida del mundo, á poseer conocimientos universales bajo condicion de no tener ningun sér inteligente con quien comunicarlos.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La naturaleza fija y cumple los destinos de las plantas y de los animales.

Mas el del hombre, solo lo determina dejando á él mismo que lo llene.—SCHILLER.

Tú ¡oh Dios! formas á tu propia imagen al hijo del polvo.

Tú le consagras como señor del globo. Vive en comunicacion con los espíritus. La eternidad es su patrimonio.

Aun aquí abajo, debe caminar por el santo y estrellado sendero de la virtud; aun aquí debe hallarse cerca del ángel por el brillo de su virtud.

Aliéntame, Señor, para seguir su escabroso camino. Me sostengo en el mas alto bien; imploro tu consejo.

Sobre la tierra está el lugar de mi afan; pero tú me llamarás ahí.—La virtud es el premio de la virtud.—Yo confio siempre en tí.

La humanidad no tiene, no puede ni debe tener sino un destino.

Que no os perturbe esta halagüeña perspectiva. En verdad, este destino de perfeccion mortal y moral, nunca se alcanza perfecto.

Sin embargo, no es un dulce sueño, no una vana esperanza del progreso necesario del hombre, no: él debe y necesita aproximarse, lo mas que sea posible, á este fin.—*El autor de las «Contribuciones á la correccion de algunas ideas sobre educacion.»*

Creed en un mundo mejor.

Esto solo debe satisfacer la razon; que no se halla la paz en el conocimiento seco de una actividad sistematizada de los sentidos, ni la verdad en las lecciones de artistas metafísicos. No descanséis en téticas denegaciones.

Debe haber algo mejor que el presente.

Esta idea fundamental incluye todas las necesidades de nuestra existencia intelectual y sensible. Es el último sostén en los trabajos.

Mantiene el valor en medio de la confusion del mundo.

Arroja en el oscuro sendero del destino una luz, ya débil, ya fuerte, pero que nunca se apaga por completo.—BOUTERWECH.

MAXIMAS Y CONSEJOS.

La ira embrutece al hombre; sé prudente
Y tus violentos ímpetus modera,
Que por algo el Señor puso en tu frente
Una razon que le negó á la fiera.

Come lo necesario
Para el sustento;
La gula embota el alma
Y mata el cuerpo.
Todos los vicios,
Precipitan al hombre
En un abismo.

No manilles el honor
Que es lo que se estima en mas,
Pues es herir por detrás,
Y Dios maldice al traidor.

No des rienda á tus pasiones,
Ni al interés el cariño,
Pues perderás desde niño
Tus risueñas ilusiones.

Ellas para el hombre son
Su mas preciada riqueza:
Piensa, pues, con la cabeza,
Y ama con el corazon.

El ocio es un enemigo;
El trabajo dá sustento,
Y es una segunda vida
Para el alma y para el cuerpo.

No llares á la puerta de tu amigo,
Si oyes dentro los gritos del placer;
Mas si á tí llega el eco de un gemido,
Entra veloz, para llorar con él.